

LA PORTADA:



El IPC: Índice indómito 36

EN EL PAÍS:



Documento: Lo que se ha publicado sobre Dignidad 16

Política: Los peros al No	6
Las elecciones universitarias	8
Misa Rock y otros estilos	10
El mapa de la extrema política	14

LA ENTREVISTA:

Patricio Phillips 35

EN EL MUNDO:



Ortega: "Hemos llegado al límite" 46

Contaminación atómica: Contra el polvo mortal	42
Economía: El dólar que cae	43
URSS levanta el velo de la historia	44

EN EL ARTE:

Las obras de Frossard 32
Guía semanal 48

OJOS DE LA LLAVE: 4

MUJER CHILENA: 20

QUE HACEN: 22

CORREO: 49

PUZZLE: 50

Los Políticos

UNA actividad discutida. Su incisión en la sociedad es compleja. Están siempre en el debate público y, por lo mismo, sometidos a la crítica de las personas. Esta realidad hace que muchos individuos se resistan a participar activamente en política.

Lo anterior no es bueno para el país. Ello porque, guste o no, los partidos serán, en la plena institucionalidad democrática, el cauce normal de la actividad política. Pero, por sobre todo, serán los actores principales de las confrontaciones electorales y, por lo mismo, quienes desde los más importantes Poderes del Estado determinarán, en forma gravitante, el destino de la Nación. La conciencia de esta realidad debiera inducir a los más capacitados a preocuparse por la actividad política.

La experiencia vivida en Chile y que culminó con la ruptura institucional de 1973, como también la realidad mostrada por la mayoría de las cúpulas partidistas desde su reestreno en 1983, más que provocar un interés creciente por la política ha terminado ahuyentando a las personas de los partidos y de la actividad política.

Es cierto que los partidos han debido enfrentar el hecho que no han tenido reconocido un rol formal en la vida nacional. Ello posibilitó el que cualquier grupo tan sólo contando con una directiva, un timbre y un membrete interviniera en la discusión pública. Ello creó una gran dispersión de proposiciones, como de partidos y movimientos. Los más, eso sí, siguen siendo totalmente desconocidos para la gran mayoría del país y no tendrán jamás ni las más mínima importancia electoral.

Pero no obstante lo anterior hay partidos que sí tienen una importante representatividad, y, por lo mismo, una responsabilidad con el país de ser serios y respetables. Pero, lamentablemente, en su gran mayoría no lo han sido.

En primer término, porque han carecido de objetivos permanentes y de una estrategia clara y estable para lograrlos. Por el contrario, unos y otras han ido variando con una frecuencia abismante. Así los opositores han deambulado desde el año decisivo, pasando por la movilización social, una constituyente, democracia ahora, elecciones abiertas, un candidato que encarne el no, un partido único y así una infinidad de proposiciones. Esta ambigüedad les ha valido ir siempre atrasados respecto de los hechos políticos. La verdad es que nadie puede hoy asegurar con certeza cuáles son los objetivos o las estrategias opositores.

Luego, los políticos se han equivocado al no comprender el mayor desarrollo que ha adquirido el pueblo chileno. Lo que los hace más exigentes. Los políticos, por no comprenderlo, siguieron hablándole al país en un mismo idioma y con los mismos estilos de hace 15 años. Ello los llevó a engañar al país. Planteaban inquietudes y proponían soluciones. Constantemente amenazaban. Pero nada de lo que dijeron lo cumplieron. Las promesas nunca se hicieron realidad, con ello los ciudadanos han terminado por desengaños. Los políticos, desgraciadamente, se han hecho poco creíbles.

Por último, han carecido de una adecuada percepción para percibirse de las inquietudes y de los problemas reales de los chilenos. Su visión única y excluyente ha girado en torno al tema del retorno a la democracia, al plebiscito, a las elecciones o al candidato. Temas sin duda de gran trascendencia para el futuro de Chile. Pero han sido monotemáticos. Es más, cualquier problema de índole económica, social y hasta cultural o religioso ha sido reducido exclusivamente a un enfoque político-ideológico. Ello ha establecido una barrera, hasta idiomática, entre los políticos y el país. Al punto que la información política diaria ha pasado a ser del interés de círculos muy reducidos.

Lo anterior no ayuda a nadie, pues un desarrollo económico sostenido y la convivencia pacífica entre los chilenos necesita de políticos prestigiados, donde el serlo constituya un motivo de orgullo y no de desprecio personal.